



# Schäefer, el pedófilo más protegido

Hernán Millas

*Pinochet era su asiduo huésped y pedía que le cantasen "Yo tenía un camarada", el himno preferido de Hitler. Fugados contaron en el Bundestag alemán que todas las noches le llevaban a dos niños a su cama. Madres que se quejaban eran golpeadas.*

El caso Spiniak causa el mayor terremoto político, judicial y periodístico de muchos años. Las sórdidas revelaciones acerca de un empresario que invitaba a un grupo de amigos a orgías sexuales con niños que recogían de la calle, escandaliza a un Chile que jura que no imaginaba que eso ocurriera. Y deja una vez más fuera de tiesto a los spots televisivos de la Vicaría de la Familia que, para oponerse al "deleznable" divorcio, muestra en la tele a parejas de muy buen estar que se arrullan, como ejemplo de una sociedad virtuosa y feliz.

En los escombros quedan el juez que conocía la causa, un juvenil proxeneta que administraba un prostíbulo gay y que denuncia al magistrado por "un deber moral", dos canales de televisión en el banquillo por el tratamiento que dieron a la noticia y querellas entre parlamentarios. En la esquizofrenia del caso, el presidente de la UDI revela sus conversaciones nocturnas con el asesinado Jaime Guzmán, quien desde el más allá le habla de una confabulación contra su colectividad aprovechándose del caso y le dice "Paaablo, sigue a ese cura Artiagoitía, que está metido y que dice bendita imprudencia".





Es cierto que sobre la red de pedofilia armada por el poderoso empresario (dueño de un gimnasio y distribuidor del Té Club, el de aquellas mesas interminables) debe caer todo el peso de la ley, pero de nuevo asoma el doble standard de la acomodaticia dirigencia política y social.

Porque los mismos que ahora se muestran escandalizados, años atrás guardaron silencio e incluso salieron en defensa del más tenebroso y asqueroso pedófilo que ha conocido el país. Se trata de Paul Schäfer, anfitrión de Pinochet, cooperador de la DINA -que le enviaba presos políticos para que los torturasen e hicieran desaparecer- y favorecido por parnegiricos del sacerdote Raúl Hasbún, entonces en el canal de la Universidad Católica.

Si Piniak ha sido favorecido por una fuerte red de depravados, más poderosa fue la que protegió a Schaeffer ya que, además de rechazar las acusaciones, consiguió que nunca fuera arrestado.

### Invitados del "tío permanente"

En la sesión especial que el Bundestag (Parlamento) alemán celebró en marzo de 1988 para ocuparse de lo que ocurría en Dignidad, fue Hugo Baar -que se escapó de la Colonia en 1984-, el que acaparó más la atención. Es que se trataba de un "pez gordo": había sido lugarteniente de Schäfer. Antes fue predicador en una comunidad evangélica de Alemania y creyó en las propuestas de Schaeffer "y muchas de las personas que hoy están en Dignidad lo están por mi culpa".

Baar había empezado diciendo: "He aceptado esta invitación consciente de que no solo soy testigo, sino también un responsable y, tal vez, culpable". Estos últimos cargos se los formulaba por haber consentido, con su silencio y temor, al régimen "de crueldad y abyección" que impuso Schäfer. Sostuvo que éste se sentía seguro y protegido por la amistad que le brindaba el gobierno militar. Pinochet y su esposa llegaban en helicóptero a menudo, como también personeros del régimen que permanecían algunos días. Admitió que la Colonia se convirtió en otro centro de operaciones de la DINA -por radio le informaban que llevaban un "huésped especial" (un detenido importante). En un comienzo él no comprendía que dijeran que su destino era Puerto Montt. Después se enteró de que eso significaba que, después de ser torturado y tratar de arrancarle información, lo que la misma DINA no había conseguido, debía ser eliminado. Baar calculaba que alrededor de 120 detenidos les envió la DINA. Agregó que el general Manuel Contreras era uno de los más asiduos huéspedes y decía que venía a descansar "y tomar buen aire".

En cuanto a Pinochet, Baar contó que pedía que le cantaran en alemán *Yo tenía un compañero*, el himno preferido de Hitler. Una vez le oyó decir que le gustaría que Chile fuese como Dignidad, donde solo había paz y orden y todos trabajaban felices.

En una ocasión Schäfer alardeó ante Pinochet de sus medidas de seguridad. Lo llevó a un galpón donde opera un cuerpo de vigilancia día y noche y le exhibió el equipo. A lo largo de kilómetros podía detectar el acercamiento de vehículos, caballos y personas. Cualquier ruido extraño debía serle informado de inmediato. Los argumentos de Schäfer para mantener esa alerta permanente era para defenderse de un posible ataque de los comunistas. Pinochet, contaba Baar, hizo una broma: "Cuando me sienta inseguro, me vendré para acá".

### Humildes y caritativos

Todo parecía encantador en la presentación que un grupo de inmigrantes alemanes realizó a comienzos de 1961 al ministerio de Justicia, en el gobierno de Jorge Alessandri.

Ellos solicitaban la personalidad jurídica para la

Sociedad Benéfica Dignidad, que había adquirido un vasto predio en la comuna de Parral.

Luego de explicar que la fundación de la obra en Alemania se remitía a 1950, "cuando se reunió un grupo de personas caritativas para ayudar en forma conjunta, de acuerdo a sus posibilidades, a víctimas de la guerra, hijos de caídos, deportados, bombardeados e inválidos de la guerra".

Agregaban que "con gran sacrificio, esfuerzo personal y con la ayuda financiera de muchos amigos, se construyó el primer hogar juvenil en las cercanías de Siegburg".

¿Por qué habían abandonado Alemania y optaron por vivir en Chile?

"El desarrollo económico en la RFA (República Federal Alemana) superó las condiciones de pobreza y puso bajo control las necesidades sociales. Los fundadores de la obra y varios colaboradores decidieron buscar un nuevo campo de trabajo, el cual encontraron finalmente en Chile".

Nada que objetar. Algunos diarios llegaron a recordar la llegada de los colonos alemanes al sur de Chile un siglo antes. Se reprodujeron las palabras de Carlos Anwandter, jefe de los colonos, cuando desembarcaron en el buque Hermann: "Seremos chilenos honrados y laboriosos como el que más lo fuere".

La personalidad jurídica fue otorgada y 245 miembros de Dignidad (237 alemanes, siete austriacos y un holandés) adquirieron el fundo "El Lavadero", el que pasaron a denominar Villa Baviera.

Curiosamente en el acta de fundación de Dignidad no figura el nombre de Paul Schäfer, artífice de ésta.

La razón se conocería después. Schäfer, para salir de Alemania, debió camuflarse la identidad, pues la policía alemana lo buscaba por denuncias en su contra por perversión de niños. Muchos lo conocieron como Paul Schneider, aunque él buscaba que lo identificasen



como "onkel Paul" (el tío Paul), y el "doctor".

El entonces obispo de Linares, Carlos Camus, recibió una carta anónima, cuyo remitente pudo ser un colono de Dignidad, por su español "alemanado". Le decía que allí vivían un régimen de terror y que Schäfer era un sádico perverso que se creía otro Führer. Quien escribía expresaba que llegó acompañando a un familiar, también engañado. Había podido enterarse que Schäfer era el hijo de una madre soltera y nació en Troisdorf en 1921. Durante la Segunda Guerra Mundial sirvió de soldado enfermero y en una misión resultó herido perdiendo un ojo, el que reemplazó con una prótesis de vidrio.

Al término de la guerra tuvo varios oficios modestos, como ayudante de un circo y peoneta de camiones. A principios de la década del 50 trabajó

*"Los mismos que ahora se  
muestran escandalizados, años  
atrás guardaron silencio e  
incluso salieron en defensa del  
más tenebroso y asqueroso  
pedófilo que ha conocido el país.  
Se trata de Paul Schäfer,  
anfitrión de Pinochet,  
cooperador de la DINA... y  
favorecido por panegíricos del  
sacerdote Raúl Hasbún".*

en un asilo de ancianos de la iglesia luterana, de la que fue expulsado.

Poco después apareció en una comunidad evangélica en la localidad de Gronaur, ganándose a sus adeptos hasta el grado de elegirlo su pastor. Una parte de ellos receló de Schäfer al recibir denuncias de "manoseos" a niños. Al verse "perseguido", luego de contar que viajaba a ver a una tía enferma, no volvió a saberse de él. Reapareció en Siegburg, cerca de Bonn, donde presentándose como pastor, y recurriendo a donativos, estableció un hogar juvenil bajo el alero de una supuesta Misión Privada Social.

También, de un día para otro, Schäfer desapareció: ya la justicia alemana lo buscaba por corrupción de menores y sodomía. A la Embajada de Alemania en Santiago empiezan a llegar exhortos de juzgados (el primero es de Hamburgo) por acusaciones de "homosexualidad con menores".

Los lugareños se manifiestan sorprendidos por sus nuevos vecinos. Alambradas y elevados cercos protegen sus vastos terrenos, con frecuentes letreros que alertan acerca de cargas eléctricas. Pero nadie se aproxima porque son atemorizados por los perros bravos que ahuyentan a los curiosos.

Se empieza a tejer una tenebrosa leyenda acerca de lo que ocurre en su interior. En una operación de limpieza de imagen, la Colonia anuncia la

construcción de un hospital y una escuela, que estará al servicio de los campesinos de la zona.

### Campo de prisioneros

En la revista *Ercilla*, la periodista Erika Vexler hace un sobrecogedor relato que, bajo promesa de no identificarlos, le confiaron trabajadores especializados que participaron en las instalaciones del hospital y la escuela que construyeron en la colonia y cuya mano de obra estuvo en manos de los propios colonos. "Temerosos, mirando para todos lados, algunos se atrevían a hablar; dijeron: 'Parecía que estábamos en un campo de prisioneros' y querían que se supiera lo que allí pasaba. El miedo lo asediaba y recelaban unos de otros. Callaban cuando alguien se acercaba. Decían que Schäfer les repetía 'Quién habla es culpable, quien escucha es más culpable'".

"Hombres y mujeres viven separados y una vez al mes pueden dormir juntos -contaban. En cuanto a los niños, ellos crecen aparte y a sus padres les dicen 'tíos'. Nadie se atreve a hablar y cuando lo hacen miran para todos lados, se alejan de los muros temiendo la existencia de micrófonos y se expresan casi en murmullos, sin detenerse en lo que están haciendo. Todos temen a los castigos. Una abuela mostró su brazo con quemaduras". Pero lo más horrible lo repitieron dos mujeres, que atendían su alimentación (menester que el reportaje evitó en ese momento para no perjudicarlas). Ellas, ya ganada su confianza, se atrevieron a decirles: "Schäffer, que es el verdadero jefe, es un degenerado y todas las noches le llevan dos niños para que duerma con ellos".

Schäfer tenía temores de un posible atentado en su contra dentro de Dignidad. Andaba siempre armado, se movilizaba en un Mercedes blindado y su conductor echaba al vehículo una maleta con una ametralladora.

Dignidad calificó de un infundio el reportaje y empezó a invitar seleccionados personajes, que expresaron su admiración por el lugar: era una granja modelo, y hacían unos *kuchen* exquisitos.

Pronto se empezaron a confirmar los "infundios". En mayo de 1966, luego de dos intentos fallidos, logró fugarse Wolfgang Muller (19). Su primera huida había sido en octubre de 1962, a un año de viajar con su madre desde Heide, Alemania "ilusionados con promesas que se nos habían hecho". A poco de llegar se había dado cuenta del régimen de terror que allí imperaba. Una vez en que él estaba enfermo, con mucha fiebre, su madre acudió a su lado. Al ser descubierta, fue encerrada y tratada con golpes eléctricos y todavía tiene las huellas de la tortura en su cuerpo. Muller confirmó el abuso de menores por parte de Schäfer, a quien todas las noches le llevaban dos niños a su cama. Contó que una mujer fue encerrada varias semanas por enfrentarlo gritándole que dejara en paz a su pequeño. Los guardias del pabellón infantil fueron castigados, buscando al autor de la delación.

Muller contaba que después de cada fuga era golpeado brutalmente durante meses y se sentía semi despreciado.

Lotti Packmor —que se fugara con su marido, gracias a que ella había trabajado en la recepción, en la puerta de la Colonia y sabía dónde estaban los cables y las trampas alambradas—, conmovió al Bundestag con sus pavorosos relatos. Como el de Hans Kur, un adolescente de 16 años, de quien Schäfer había abusado cuando era pequeño. Logró escapar dos veces e incluso llegó hasta la Embajada alemana en Santiago. Hijo de padres adoptivos, adoraba a su madre y por ello decidió regresar. La segunda vez, fue ella misma la que le suplicó que no regresara, pero su padre adoptivo "un hombre frío y lejano" fue obligado a ir a reclamarlo. A su regreso, Schäfer lo sometió a "tratamiento": "Desde entonces -relata- vive en el hospital de la Colonia; se mueve como un inconsciente; no puede pensar en forma clara y es catalogado como enfermo mental por Schäfer".

Lotti contaba el trato que recibían los niños, aparte del abuso sexual por parte de Schäfer.

"Una vez llegué a casa de los niños. Schaefer los había reunido en grupos en la sala de estar. Al entrar, escuché unos gritos histéricos. Había un grupo de muchachas de diez a doce años. Schäfer golpeaba a una débil niña, Renate Schlenenkamp, una y otra vez en la cara. Le salía sangre de la nariz y yo (se largó a llorar), no pude ayudar. Sin corazón la golpeaba más y más. No pude retener el llanto, y Schäfer, me gritó que me fuera... y la siguió golpeando. Nunca he sentido más impotencia".



portada

crónica



© Foto del libro "Se Busca", de Marcelo Araya

Los senadores Hernán Larraín (UDI) y Bruno Siebert de visita en Colonia Dignidad. Ambos firmaron una declaración pública de parlamentarios en apoyo a la escuela y el hospital del enclave alemán, suscrita, entre otros, por Sergio Fernández, Miguel Otero, Santiago Sinclair, Darío Paya, Jorge Ulloa. Una carta en similares términos fue enviada al ex presidente Eduardo Frei por Domingo Durán, Pedro Lizana, Hernán Briones, Otto Dörr, Eugenio Heiremans, Miguel Schweitzer.